Un hito en el proceso de normalización del aragonés: la obra de teatro "Mal d'amors".

Chesús G. Bernal

El bajo porcentaje de obras de teatro dentro de la literatura en aragonés es todo un síntoma de la repercusión y alcance que dicha lengua ha tenido en la conciencia social. Y ello, porque el teatro es el más social (y "sociológico") de los géneros literarios, el más "colectivo" por sus propias características: el autor escribe pensando en un interlocutor (el público e incluso los propios actores); la obra necesita de un entorno en el que desarrollarse (lugar físico: escenario; y esto repetidamente en cada nueva representación, en cada re-creación) y de unos cauces comunicativos que le permitan conectar con sus interlocutores (es éste y no otro su fin primordial) etc.

De todos es conocida la importancia decisiva de la creación literaria en el proceso normalizador de una lengua. La pieza de Miguel Santolaria Mal d'amors (Uesca, Publicazións d'o Consello d'a Fabla Aragonesa, 1983) es la primera impresa en aragonés común, y de ahí su importancia. Por eso constituye el objeto de análisis de esta comunicación, no desde una perspectiva literaria (que queda deliberadamente soslayada), sino desde un punto de vista lingüístico o, mejor, sociolingüístico, por las referencias a sus repercusiones sociales.

Hay que destacar el hecho de que el aragonés común haya producido su primera obra teatral. En primer lugar, por lo que supone de ampliación de campos literarios. En segundo lugar, porque se ha pasado de una producción poética inicial (más "individual" por llamarla de alguna manera: Francho Nagore, Anchel Conte, etc.) a una producción narrativa en un segundo momento (premios de relatos como el

del R.E.N.A.., Do s'amorta l'alba, A lueca, etc.), y, finalmente, a una creación escénica; todo ello en una progresión gradual y lógica: este proceso sienta las bases para la esperanza -mesurada y con letras pequeñicas-, o al menos para la no-desesperanza-constante. En tercer lugar, por fin, porque transluce que la sensibilidad hacia el aragonés va extendiéndose poco a poco en ciertos sectores de población (como ya he dicho, el teatro es el más social de los géneros literarios).

Por si ello fuera poco, Mal d'amors supone abrir un camino en otro sentido, ya que se trata de la primera obra de lo que podríamos llamar literatura infantil y/o didáctica (no debemos olvidar que ganó un accésit en un premio de literatura infantil). Y ello es relevante, además de por inaugurar un determinado tipo de literatura, sobre todo por lo decisivo que puede resultar: estamos ante una obra destinada a los niños, a las últimas y más jóvenes generaciones. O lo que es lo mismo: a aquellos que están en las mejores condiciones (personales, intelectuales, de entorno y de predisposición) para aprender una lengua, para entenderla, para tomarle cariño, para amarla y para utilizarla. Y este aspecto puede ser muy determinante para el futuro del aragonés.

Además Miguel Santolaria utiliza un vocabulario bastante sencillo, no complicado, sin excesivas dificultades para el lector/espectador. Cuando utiliza algún neologismo o alguna expresión nueva lo hace de modo que ese lector/espectador pueda divisar el camino de creación seguido por el autor, lo que le permite acceder sin dificultades al significado de la palabra recogida o creada: "¡Me caso en dena!" (pp. 39, 40, 41, etc., siempre de la edición citada), "ya en emos pros' de problemas" (p. 40), "diya par de atro" (p. 42), "¡poco bien que no lo conoxco yo!" (p. 58), "no me floras!" (pp. 58, 59, etc.), "acorporar" (p. 62), "resupinadas" (p. 62), "semanada" (p. 32), "cumpleañadas" (p. 13), etc. Este mecanismo creador llega incluso a producir muestras muy acertadas: "Marzelo, si lo te mandan, fé lo " (p. 30).

Sin embargo, lingüísticamente, no todo son aciertos en Mal d'amors, ni todas sus propuestas son tan acertadas. Así, por ejemplo, la utilización prácticamente exclusiva de los participios -y de los sustantivos- en -ato/ito- ("malfarchato", "fizato", "posatos", "achinollato", "amprato", "bosato", "tallato", "bestidos", "metito", "beyito", "tenito", "benito", "balito", "rependito", "soldatos", "ligatas", etc.",

se ve sorprendida en casos muy concretos con la introducción del sufijo -au: "criau" (p. 29), "masiau" (pp. 13, 43), "escusau" (p. 71), "aseau" (p. 80).

Encontramos también una mezcla constante de empleo y de sentido de las formas del auxiliar ser/estar: "ese estato" (p. 87), "aber estato" (p. 87), "está-lo" (p. 43), "serba yo" (pp. 43, 44, 45), "sérbanos" (p. 44), etc. Y lo mismo ocurre con las formas del verbo "arreguir" y de su variante benasquesa "redí", de tal modo que en una misma página (70) leemos "m'en rediba" y "s'en arrigue". El uso alternativo de las formas "sulero" y "suelo" (p. 79) es una muestra del mismo aspecto a otro nivel.

En cuanto al uso de ciertas formas más o menos genuinamente aragonesas, Miguel Santolaria no utiliza "tamién" y prefiere utilizar "también" (p. 48); del mismo modo que no utiliza el verbo "caler" y prefiere expresiones como "ye preziso que" (p. 66) y "prezise" (p. 43). Y sin embargo, utiliza una dudosa forma "estuto" (p. 46) en lugar de "astuto", o la complicada "trumfo" (p. 39) en lugar de simplemente "trunfo".

Aparte de la propuesta implícita de eliminar lo que puede considerarse una redundancia gráfica para representar el sonido wau (es decir, escribir "uembro" (p. 31) en lugar de "güembro", y "uellos" (pp. 44 y 70) en lugar de "güellos", del mismo modo que escribimos, por ejemplo, Uesca), es precisamente la grafía el aspecto que puede dar mayores muestras de contradicción. Así, nos encontramos con que conviven las grafías "malfainero" (p. 9) y "mal fainero" (p. 30), o "qué me si ó" (p. 30) y "qué me sé yo" (p. 38). Lo mismo ocurre con la reiterada insistencia en escribir la primera persona del presente de indicativo del verbo "aber" con "h" ("he", pp. 18, 31, 42, 86, 88...) y la primera del plural del mismo tiempo sin "h" ("emos", pp. 43 y 44). O con el uso constante de la "y" griega (y no de la "i" latina) en los numerales: "trenta y zinco" (p. 37), "cuarante y zinco" (p. 38), "cuaranta y siete" (p. 39).

Finalmente, el empleo del apóstrofo puede dar lugar a muchos equívocos. Por una parte, Santolaria lo utiliza en "d'agora" (p. 11) y no lo hace así en "se ascuitan" (p. 88). Tampoco hace uso de él en "que isto" (p. 86), "de ixo" (p. 78), "te importaba" (p. 81), "que ista" (p. 66), etc. Y, ni siquiera, en casos de confluencia de la misma vocal, como "de estorbar" (p. 75), "te esquinazo" (p. 54), "os que embudian" (p. 60), "ta ascuitar" (p. 71), etc.

Recapitulando, y salvando estos leves reparos, Mal d'amors supo

ne el salto de la creación literaria cerrada en sí misma, individual e individualizadora (un autor que escribe poesía e incluso narrativa, que crea una obra a la que hay que acceder también individualmente, a través de la lectura) a la creación literaria que mira a la re-creación colectiva; y esto, a través de cauces nuevos en la literatura en aragonés: el diálogo, la conversación, la posibilidad de intercambio y apelación, la comunicación recíproca y continuada, ágil y dinámica, con un vehículo común a todos los intervinientes y que no es otro que la lengua aragonesa.

De momento, para que Mal d'amors -como cualquier otra obra de teatro- sea plenamente, debe comenzar por ser representada. De lo contrario, nos habremos quedado una vez más a mitad de camino.

No se trata de extrapolar y de pensar que Mal d'amors vaya a revolucionar el panorama de las actitudes sociales respecto al aragonés o el de su propio futuro. No es eso. Ni es ésa su función específica, ni seguramente fue ése el planteamiento que guió a su autor cuando la escribió. Pero sí se trata de reconocer que constituye un indicio de algo que puede entreverse y que siguiendo en esta dirección, pueden sentarse sin duda las bases de un futuro no desesperanzado. Las diversas novedades que convergen en Mal d'amors son suficientemente importantes y los varios caminos abiertos suficientemente acertados como para no dejar pasar de largo esta oportunidad de subrayarlos.